





TAN SOLO UN SEGUNDO



Isabel de Zavala

TAN SOLO UN SEGUNDO



Primera edición: septiembre 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Isabel de Zavala

ISBN: 978-84-18366-76-5

ISBN digital: 978-84-18366-77-2

Depósito legal: M-21380-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5. Local

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mis hijos



¿La cuestión de la fe? Me la planteo todos los días, sin cesar. He dicho no. He dicho no a Dios, si se me permite expresarme de esta manera brutal; pero la cuestión se replantea a cada instante. Estoy obsesionado, digámoslo claramente, obsesionado, si no por Dios, por el no-Dios. Así es.

JEAN ROSTAND

La mayor tragedia del mundo es que Dios calla.

ANÓNIMO



1

Agarro la mano de papá en un intento de disipar el malestar que me envuelve cada vez con más fuerza. Hemos llegado pronto, demasiado para mi gusto, porque pienso que la hora y media larga que falta para que empiece la procesión se me hará eterna.

Mamá no ha querido acompañarnos. Dice que pasar tanto tiempo de pie la deja los riñones baldados y que al día siguiente no será capaz de hacer el itinerario de las siete iglesias que este año ha elegido papá para recorrer las estaciones.

Las raras veces que hemos pasado la Semana Santa en Madrid, he visto el transcurrir de los pasos y los nazarenos desde el balcón de la casa que tía Lola, la hermana mayor de mamá, tiene en la calle de San Justo, pero este año es ella la que ha decidido cambiar de aires y se ha ido, con su marido y sus hijos, a Baena, donde a estas horas estarán rodeados del estruendo de tambores golpeados por los coliblanco y colinegro.

Papá quiere ver la salida del Gran Poder y la Macarena, dice que todos los años se queda con las ganas y yo me he empeñado en acompañarle.

Cuando llegamos a la Colegiata de San Isidro, la gente ya se arremolina alrededor de los pasos que, preparados en el interior, esperan para recorrer las calles ese Jueves Santo. El olor a cera e incienso se mezcla con el de los perfumes que emanan de las mujeres, muchas de ellas engalanadas con mantilla, y con el del sudor que las apreturas provocan en los hombres.

Salimos fuera y nos colocamos en la acera de enfrente. Desde

nuestra posición estratégica puedo observar las tres grandes puertas por las que se accede al templo. Hay que subir unas escalinatas, ahora convertidas en rampas por unas planchas metálicas, para facilitar la entrada y salida de los pasos. La central tiene arriba una hornacina con dos estatuas de piedra que según me dice papá representan a San Isidro y su mujer, Santa María de la Cabeza.

—San Isidro era labrador —me cuenta papá para hacer más liviana mi impaciencia—. Un día su hijo cayó a un pozo y su padre se puso a rezar. Dicen que, gracias a su oración, las aguas del pozo subieron y pudo rescatar a su hijo.

También me explica que ha sido la catedral de Madrid hasta el año pasado, 1993, en el que abrió sus puertas la catedral de la Almudena. ¡Y yo que pensaba que todas las catedrales habían sido construidas hacía cientos de años!

El cansancio y el malestar que empezaba a sentir remiten cuando, a mitad de la espera, desfila delante de nosotros la procesión de Jesús el Pobre. La imagen, con las manos atadas y la larga melena me transmite cierto temor reverencial. El paso lleva tres largas andas por delante y otras tres por detrás, portadas en total, si no me he equivocado al contar, por 30 anderos que lo levantan y mecen con seguridad y ternura al ritmo marcado por tambores y trompetas.

A partir de ese momento, el entorno se empieza a llenar de gente y yo me siento perdida y casi asfixiada en el maremágnum de turistas, devotos y curiosos que nos empujan para lograr un sitio en primera fila.

Papá consigue mantener nuestro puesto privilegiado a base de unos cuantos codazos y protestas. Agarrada de su mano empiezo a desear haberme quedado con mamá frente al televisor, cuando las figuras de los negros nazarenos, con anchos cinturones de esparto, que escoltan a la figura de Nuestro Señor del Gran Poder, empiezan a dejarse ver y poco a poco las luces oscilantes de las velas que iluminan el paso se hacen cada vez más cercanas con el avance de las pisadas de los 35 costaleros que siguen las indicaciones del capataz que dirige las maniobras de salida.

Prorrumpimos en aplausos cuando llegan a la calle. Mientras hacen una parada papá me explica que el paso pesa más de 1.000 kilos, que el Cristo es obra del escultor sevillano José Rodríguez, que la primera vez que procesionó fue el Viernes Santo de 1946 y que en 1987 el rey Juan Sergio I otorgó a esta cofradía el título de Real Hermandad. ¡Caramba, no imaginaba yo que papá supiese tantas cosas!

En la que es la tercera *levantá*, los costaleros, guiados por el capataz y el contraguía, proceden a efectuar un *revirao* para enfilear la calle Toledo y efectuar su recorrido por las angostas y estrechas calles del Madrid de los Austrias.

La talla sobria, majestuosa, de Jesús portando sobre sus hombros una enorme cruz, pasa ante mis sorprendidos ojos. Nunca he podido contemplarlo tan de cerca. Me parece que cuando marcha por la calle Toledo, me dirige una mirada de tristeza. ¿De verdad soy yo también responsable de su muerte?

No puedo seguir con mis cavilaciones. En la puerta central de la iglesia, multitud de cirios se acercan hacia nosotros y la Virgen de la Macarena, aparece bajo el palio de terciopelo burdeos, Ni el manto realizado en oro sobre terciopelo verde, ni la riqueza de los varales o de las jarras de plata, ni la profusión de flores blancas que la acompañan, pueden mitigar el gesto de dolor de su cara, ni secar las lágrimas de sufrimiento inusitado que surcan sus mejillas enrojecidas.

A través de la inocencia e inexperiencia de mis ocho años, trato de imaginar la angustia sentida por la Virgen mientras su Hijo es conducido hacia la muerte en medio de gritos amenazadores y de personas que disfrutan con el espectáculo sangriento que tienen ante sus ojos. Todo me parece algo irreal, sumido en el vaho de la fantasía que también rodea mis sueños infantiles.

Después de salir de la iglesia acompañada de vítores y piropos de ardientes devotos, mientras tambores, trompetas y trombones entonan el himno nacional, el rostro de la Macarena queda perfilado ante mí en ese atardecer de marzo. Las cejas arqueadas, bajo

las que puedo advertir los párpados hinchados a causa del llanto, acompañan una mirada dirigida levemente al suelo.

Me parece tan real, tan cercana, que mi interior se llena de asombro y agradecimiento por haberme permitido vivir esa experiencia que yo, en esos momentos, considero única.

Poco a poco la giran hacia derecha e izquierda para que todo el mundo pueda llevarse, impresa en la retina, la imagen de esta Virgen, luz y esperanza para su vida.

Poco me importan las explicaciones de papá sobre si va sobre una peana cincelada en plata, las más de 2.000 rosas blancas que lleva, el manto que tejieron unas monjitas de Cádiz, los 50 kilos de peso que debe soportar cada costalero, los 12 varales que sostienen el palio, las bambalinas que caen de los lados o la Virgen de la Almudena que lleva bordada en la gloria. Solo tengo ojos para esa cara tan afligida, tan desolada y, sin embargo, tan llena de encanto.

Los costaleros, a instancias del capataz, vuelven a alzar los cientos de kilos del paso sobre sus espaldas y meciéndolo con singular arte y destreza, se alejan de mi vista mientras la primera saeta es desgranada por un hombre asomado al balcón de una de las casas que dan a la Plaza de Segovia.

—Ahora te voy a llevar a la Plaza Mayor a tomar un bocadillo de calamares.

La voz de papá me saca del ensimismamiento en que me ha envuelto la visión de ese rostro adolescente surcado de una amargura indecible.

Sorteamos a la gente que abandona la formación ejecutada a lo largo de las aceras que bordean las calles por donde ya ha transcurrido la procesión. Unas pequeñas protestas de mi estómago hacen que empiece a abandonar mi misticismo y caiga en la cuenta de que, con tanta emoción, me he saltado la merienda.

—¿Falta mucho?

—¿Para qué, cariño? —responde papá mientras vamos por la calle de la Lechuga, cuyo nombre me incita a generar más jugos gástricos.

—Para el bocadillo.

Papá alza la cabeza y estira un poco el cuello.

—Es ahí mismo.

El local es pequeño y me alegro de que no tenga mesas libres. Huele a fritos, a cerveza y a la bulla de las conversaciones, se suma el vocerío de los pedidos.

—¡¡¡Tres de calamares, dos cañas y un vino!!!

Y una mano experta echa anillas rebozadas en una gran freidora mientras con la otra saca las ya cocinadas.

En cuanto tengo en mis manos la servilleta de papel que abraza un pan relleno de exquisitos aros dorados, me escurro hacia la calle.

—Qué, Paula, ¿te ha gustado la procesión?

Asiento con la cabeza mientras lucho por meter en mi boca un calamar que se resiste a ser partido en un trozo más pequeño y cuelga entre mi boca y el pan. Después de una ardua pelea consigo engullir el díscolo cefalópodo y muy seria miro a papá.

—¿Sabes una cosa?

—Dime tesoro.

—Si yo hubiese sido Pilatos, habría defendido a Jesús y no hubiese dejado que lo mataran.

Papá me sonrío.

—A veces las cosas no son tan fáciles de decidir y los hombres nos comportamos como cobardes.

—Pero, papá, ¡con la cantidad de cosas buenas que había hecho y la de gente que había curado...! ¿Cómo podían dudar de Él? Yo, jamás voy a tener dudas, siempre le querré y no le abandonaré.

Papá coge mi mano y la estrecha en la suya, grande, protectora, segura.

—Ojalá —murmura. Y sin saber por qué, tengo la impresión de que cierta tristeza indefinida ensombrece su semblante.



2

Me voy a confirmar. Durante cuatro cursos me he preparado para ello. He acudido a tres campamentos, a cuatro o cinco convivencias y tengo un grupo de amigos de lo más divertido.

Mamá de vez en cuando me advierte.

—Me parece estupendo que te confirmes, pero no hagas como tus dos hermanos mayores, que lo hicieron y para lo único que sirvió fue para que, acto seguido, abandonaran sus prácticas religiosas. Tienes que estar convencida de lo que vas a hacer. El seguimiento a Jesús es cosa de toda la vida y no de un capricho o de seguir ciertos rituales o ceremonias por el regalo que te van a hacer.

—Que no, mamá... Que ya lo sé...

De verdad que a veces los sermones de mamá me sacan un poco de quicio. ¡Ya soy mayorcita para saber lo que quiero y lo que no! He cumplido diez y ocho años, soy mayor de edad y en el mes de septiembre empiezo mi vida como universitaria.

Es verdad que he pasado por algún momento malo, tan malo, que incluso repetí primero de bachillerato, pero... ¡es que el cambio del colegio al instituto fue alucinante! A veces, en vez de ir a clase me quedaba, con unos cuantos compañeros, en un parquecillo que hay al lado del centro donde supuestamente iba a estudiar. Eso de no tener a Sor Marina detrás de mí era una auténtica liberación. Hasta que un día, mamá pasó por allí en el coche y me pilló in fraganti. Me echaron una bronca de *alucine* y me castigaron sin salir los fines de semana. Cuando me quise poner las pilas en el estudio estábamos a finales de marzo y me fue imposible recuperar el tiem-

po perdido. De los errores también se aprende y, aunque no soy una lumbrera, he conseguido acabar mis estudios y ser admitida en la Facultad de Derecho.

Durante la homilía de la misa de confirmación, mi cabeza vuela por esos derroteros y otros varios porque es algo larga y mi atención está poco propicia a centrarse en las palabras del oficiante por muy obispo que sea.

Dejo de lado ese pequeño lapsus y todo sale de maravilla. Papá disfruta en su doble papel de padre y padrino y para celebrarlo nos lleva a mamá y a mis hermanos Héctor y Loreto, con sus acompañantes respectivos, Lucía y Tate, a cenar a un italiano que me encanta.

Cuando papá se enteró de que quería que mi padrino fuese Jaime, mi novio recién estrenado, dijo que no le parecía la persona idónea y a mí me sentó fatal. Tomé la decisión de no tomar en cuenta su opinión. ¡Qué sabría él de cómo era Jaime! He de reconocer que el tiempo le dio la razón y a los tres meses, andábamos a la gresca casi todos los días y terminamos la relación sin casi haberla comenzado.

—Quiero que seas mi padrino de confirmación —solté un día a papá de buenas a primeras.

Levantó la vista del periódico y me miró por encima de las gafas de pasta negra.

—¿Y eso? —preguntó sorprendido.

Encogí los hombros. No tenía ganas de dar muchas explicaciones. Acababa de romper con Jaime y lo último que me apetecía era oír que se alegraba, que ya me lo había advertido y que no sufriera, que otro habría que me mereciera de verdad.

—Ya ves —contesté lacónica.

Noté que de reojo miraba a mamá y que esta le hizo una imperceptible afirmación con la cabeza, señal de que aceptase la propuesta sin hacer más preguntas. Ya se encargaría ella de ponerle al corriente de la situación.

Sin palabras agradecí su entendimiento y no se volvió a hablar más del asunto.

El contacto de su mano sobre mi hombro cuando, arrodillada, monseñor Rouco impone sus manos sobre mi cabeza me tranquiliza y llega hasta mí con más intensidad que las palabras pronunciadas por el oficiante: «Recibe por esta señal el don del Espíritu Santo».

Al regresar a mi banco, me quedo mirando la imagen que tengo a mi izquierda. Es una talla en madera que representa a la Virgen en pie con el Niño. El gesto de su cara destila ternura y sus brazos se convierten en colchón de plumas para sujetar al Hijo y en coraza protectora para defenderlo de quien quiera hacerle daño.

Mi pensamiento vuela a la tarde lejana en el que el Cristo del Gran Poder me miró y la Esperanza Macarena me mostró su rostro sufriente.

Las figuras representan a las mismas personas en diferentes situaciones de sus vidas y con ser las dos escenas por completo antagonistas, ninguno de los rostros ha perdido un ápice de serenidad.

¿Seré yo capaz de conservar la calma y la paz cuando los problemas aparezcan en mi vida? Porque en realidad, hasta este momento, no puedo quejarme de la existencia que llevo.

Recuerdo las palabras que le dije a papá mientras paladeaba mi monumental bocadillo.

—Yo jamás voy a tener dudas; siempre le querré y no le abandonaré.

Las dudas empezaron a surgir con mis primeros pasos como adolescente. Nunca me detengo demasiado en ellas porque me dan miedo. Miedo a las preguntas sin respuesta. Miedo a perder la fe que hasta entonces y sin planteármelo mucho, me ha ayudado y sostenido. Miedo a pensar por mí misma y salir de lo establecido como norma.

En cuanto a abandonarle, no es que lo haya hecho, pero en el viaje de fin de curso sí que me dio vergüenza meterme en el grupo *de los beatones*, como los llaman los de mi clase. Pasé por alto mis obligaciones dominicales y me apunté a una excursión a la playa en la que lo pasé genial y en la que acallé el gusanillo de mi conciencia

con un par de mojitos que me pusieron en un punto la mar de divertido.

Tampoco voy a engrandecer el asunto. En la vida no se puede ser tan riguroso. Desde este momento procuraré ser más consecuente con mis ideas y en paz.

3

—Mira, es mejor enfrentarse a la verdad. No podemos vivir con una venda en los ojos.

Mis ojos se llenan de lágrimas al escuchar a mamá.

—Pero tú siempre dices que hay que mantener la esperanza por encima de todo.

—Y también que hay que ser realistas y no tener falsas expectativas.

Mamá no está bien. Hace un año que le han detectado un cáncer en el pecho. Se lo han extirpado, pero tiene metástasis en los huesos. Ni la quimio, ni la radio han conseguido detener su avance implacable y la hemos tenido que internar porque los dolores son cada vez más insoportables. Lleva dos días con escasos momentos de lucidez.

Papá y Loreto han tenido que volver al trabajo y yo me he traído de compañía esta tarde a mi inseparable Derecho Civil que me ocasiona más disgustos que alegrías. Héctor ha quedado en pasarse sobre las seis y media, aunque, sea la hora que sea cuando aparezca, yo no estoy dispuesta a irme del hospital hasta que el cansancio me lo ordene.

Mamá se despierta y durante unos minutos anda entre nebulosas, hasta que consigue ubicarse y sonreírme.

Le cojo la mano y dice casi en un susurro.

—Paula, me alegro que estés aquí.

Alza la mano que agarra la mía y la acerca a sus labios. La besa con suavidad y la vuelve a apoyar en la cama.

—Cuando me muera, sé fuerte.

Me da un vuelco el corazón y de inmediato comienzo a protestar.

—¡Qué cosas se te ocurren!

Es entonces cuando me habla como nunca lo había hecho.

—Cariño, mi vida se ha cumplido. He tenido tres hijos maravillosos, os he visto crecer y dentro de nada volareis para seguir el camino elegido. He sido feliz.

Le doy un poco de agua. Le ahueco las almohadas. No quiero que hable. Yo le pido todos los días a Dios por ella. Si tiene que hacer un milagro que lo haga. No puede dejar de escucharme. ¿No ha sido Él el que dijo «pedid y se os dará»? Pues ya es hora de que lo haga porque llevo meses pidiendo y hasta ahora no veo los resultados.

Me parece que mamá adivina lo que pienso.

—A veces nos empeñamos en que las cosas sean de una manera sin comprender que lo mejor es que salgan de otra, por completo distinta. ¿Puede alguien asegurar que, si mejoro, no será para después sufrir más?

El milagro, pienso, necesito el milagro no solo de su mejoría, sino de su curación. ¡Venga!, el tiempo se agota. ¿No hay que pedir con fe? Pues yo lo hago y la solución no llega. ¿No subieron las aguas del pozo gracias a la oración de San Isidro?

—Pauliña mía... —sus dedos, casi sin fuerzas, presionan mi mano con delicadeza—. Estaré en otra dimensión... invisible a vuestros ojos, pero os acompañaré y ayudaré en todos los momentos de vuestra vida... —sus ojos sin brillo se posan en los míos, alza la mano para limpiar la lágrima que, rebelde, escapa sin permiso y resbala por mi mejilla—. Lo prometo.

Vuelve a caer en el sopor de los sedantes, pero aún logra salir de su somnolencia un par de veces más para ofrecernos su sonrisa antes de morir. Una sonrisa sin rastro de tristeza, sin miedo, sin amargura. Una sonrisa de paz. ¿Cómo alcanza esa serenidad?

La vida hasta ese momento me ha mimado. Sin yo saberlo, he sido una privilegiada. Tengo 20 años y hasta ahora el sufrimiento ha pasado de puntillas a mi alrededor. Siempre he considerado todo lo que tengo como algo natural. La salud, nuestra desahogada posición económica, la armonía familiar, las vacaciones, los caprichos, los estudios, los amigos...Y aunque compruebo por distintas circunstancias, que nadie está exento de que, de repente, las cosas cambien, las desgracias pasan en otras familias.

La pérdida de mamá me golpea con fuerza inusitada. Me doy de bruces con la fugacidad de la existencia, me doy cuenta de nuestra pequeñez ante el gran misterio de la vida y la muerte. Me rebelo contra Dios. Le pido cuentas de mis plegarias no escuchadas y le hago responsable de mi pérdida de fe.

Toda la familia pasa por amargos momentos.

Si he de sacar algo positivo de esta época, diría que es la unión y la fuerza con que nos ayudamos y sostenemos unos a otros. Papá es nuestro puntal, pero nosotros somos el suyo. Los tres hermanos nos consolamos mutuamente y todos arrimamos el hombro para sobrevivir en la desolación y poco a poco conseguimos que la vida vuelva a la normalidad a pesar del gran vacío que mamá nos deja. A veces me pregunto si efectivamente no es ella, desde otra dimensión, la que nos empuja hacia adelante y nos obliga a no desfallecer.

Loreto tenía pensado casarse en el mes de octubre de este mismo año. En un principio quiere posponer la boda, pero papá no la deja cambiar los planes. Alega que es lo último que mamá hubiese querido y que las cosas deben seguir como se habían proyectado.

Héctor sigue su ejemplo en la primavera siguiente y papá..., a los dos años y medio, se enamora como un colegial de una mujer también viuda, sin hijos y de muy buen ver.

En un principio, su relación no me sienta nada bien. Cuando conozco a Sara, tengo que reconocer que es una persona amable, cariñosa y educada, pero así y todo no puedo evitar pensar que

estamos traicionando a mamá. Papá por ser capaz de estar con otra persona y nosotros por consentirlo.

Cuando lo comento con Loreto me responde que también a ella le ha costado admitirlo, pero que hay que reconocer que papá todavía es relativamente joven, ¡ja!, si tiene casi 60 años..., y que tiene derecho a volver a casarse si es lo que quiere, que el que lo haga no quiere decir que olvide a mamá. Me echa una filípica sobre el egoísmo, el amor incondicional y la madurez y me deja muy claro que no puedo tenerla de mi parte en mi cruzada en contra de Sara.

Con Héctor, desde que se ha casado no se puede contar demasiado con él y menos si eso va a suponer plantearle algún tipo de problema, así que ni siquiera hago el intento de ganarle para mi partido.

Me cuesta tiempo y bastantes sesiones de psicólogo lograr aceptar como algo natural el que papá quiera rehacer su vida. Sara ha conseguido volver a ilusionarle y que recupere su peculiar sentido del humor y ganas de vivir. No obstante, y aunque me llevo bien con ella, decido, antes de que ellos también pasen por la vicaría, irme a vivir en un piso compartido con mi amiga Aitana y con Reyes. Así evito problemas posteriores y logro una libertad que a veces echo de menos pues, aunque papá no se mete mucho en lo que hago, siempre tengo que avisarle de si entro, salgo o la hora a la que voy a llegar. ¡Ya soy mayorcita!

Y aquí estoy. A punto de terminar la carrera, con un trabajo de becaria con poca remuneración en la oficina de un notario, unas ganas locas de vivir mi vida y con todos los buenos propósitos de mi seguimiento fiel a Jesús, de su defensa contra viento y marea, de mantener mi fe inquebrantable a pesar de los avatares que pudieran sobrevenir, desvanecidos en nebulosas de las que, a veces, todavía me atrevo a sacar algún retazo, para enseguida ocultarlo con débiles razonamientos.

Dios me falló cuando más lo necesitaba. ¿Acaso escuchó mis súplicas y ruegos? Al fin y al cabo, no soy yo quien le he vuelto la

espalda. Él fue quien dio el primer paso. Además, en estos momentos tengo otras cosas más importantes a las que dedicarme. Tengo que estudiar, trabajar, ocuparme de mis tareas en la casa, salir los fines de semana y divertirme lo más posible. ¿De dónde voy a sacar tiempo, como hacía antes, para poner orden en mi vida espiritual? ¡Tiempo habrá para ello! Es verdad que estas disculpas no me satisfacen demasiado y algo en mi interior me dice que no todo funciona como es debido, pero en seguida me encargo de sofocar ese leve murmullo. No voy a complicarme más la vida, bastantes cosas tengo ya en las que pensar.

